

“Olor a negro”. Discurso, discriminación y segmentación étnica en el lugar de trabajo¹.

Cynthia Pizarro, CONICET – UCC – UNC

Las intersecciones entre la antropología del lenguaje y el análisis crítico del discurso

A partir de 1960, al tiempo que los estudios lingüísticos comenzaron a volcarse hacia las dimensiones semánticas y pragmáticas del lenguaje y a las maneras en que los aspectos culturales inciden en y -a su vez- son influidos por ellas, los estudios antropológicos comenzaron a considerar el rol que tiene el lenguaje en los diversos grupos socioculturales, las dimensiones semánticas y pragmáticas de la cultura, y las maneras en que los elementos de sentido son re-producidos y transformados en las prácticas discursivas.

La concepción del lenguaje y de la cultura como productos provisorios de negociaciones sobre la interpretación de la realidad y como constructores de la misma en el marco de ciertos condicionamientos histórico-estructurales, deviene de transformaciones en la teoría social que se suscitaron a partir del denominado *giro lingüístico* (y los posteriores *giro discursivo* y *giro semiótico*) y del advenimiento de las teorías de la estructuración. Estos cambios contribuyeron a que ambas disciplinas se interesaran por el estudio de los procesos a través de los cuales las formas discursivas propias de un grupo sociocultural son ejecutadas o usadas en las interacciones sociales. De este modo, se dio lugar al estudio del discurso concebido como una práctica constitutiva y constituyente de lo social. Los diversos desarrollos provenientes de ambas disciplinas confluyeron en remarcar dos cuestiones críticas para los estudios del discurso: el énfasis en la necesidad de considerar al contexto en las prácticas comunicativas y las relaciones ideología-poder-lenguaje.

Con respecto a la Antropología, Duranti (2003) y Ahearn (2001) destacan el impacto del *giro pragmático* que ha llevado a revitalizar el campo de la antropología lingüística y que recibió el aporte de dos corrientes. Por un lado, la etnometodología y el análisis conversacional, cuyas principales figuras fueron Gumperz y Hymes quienes se caracterizaron por el estudio de las variaciones en el uso del lenguaje en las comunidades de habla. Por el otro, los estudios sobre la performance, la socialización del lenguaje, la indexicalidad y la participación, derivados de los estudios de Bauman, Briggs, Scherzer, Silverstein y Urban, entre otros. Posteriormente, en una fase más reciente, el lenguaje comenzó a ser considerado como un emprendimiento interaccional lleno de valores indexicales e ideológicos, a través del cual las identidades, instituciones y comunidades se reproducen y transforman. Así, al anclar el análisis en el uso indexical y en el contexto estructural, estos nuevos enfoques desarrollaron un esquema analítico que permite a los antropólogos abordar la gramática, la organización local de la conversación, las construcciones identitarias, las ideologías y la estratificación social, entre otras cuestiones.

Con respecto a los estudios del lenguaje, Blommaert y Bulcaen (2000) plantean que el *giro crítico* representa un proceso de convergencia de diversos enfoques que tienen en común la preocupación por dimensiones sociales tales como el poder y la ideología en el análisis del discurso. Entre estos enfoques señalan la lingüística sistémica-funcional, la sociolingüística y la socio-semiótica de Halliday, el análisis del discurso de Pecheux, los trabajos de los lingüistas norteamericanos, el análisis conversacional, la teoría de la argumentación, la psicología social, la lingüística del texto y las aproximaciones a la metáfora de Lakoff. Así, durante la década de 1980 -y nutriéndose de distintas teorías sociales tales como el marxismo gramsciano, el neoestructuralismo, las teorías de la estructuración y los estudios culturales, Fairclough- Van Dijk y Wodak lideraron el desarrollo programático del denominado Análisis Crítico del Discurso. Este programa concibe al lenguaje, bajo la forma de discurso, como condicionado por y constituyente de lo social. Desde esta perspectiva, y

¹ Este trabajo fue financiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba, en el marco del Proyecto de Investigación 2008-2010: “Ser boliviano en Córdoba. Discriminación, ilegalidad y precariedad laboral de los inmigrantes bolivianos que residen en la Ciudad de Córdoba y en el Gran Córdoba”. Agradezco a dos investigadores del equipo que colaboraron en el trabajo de campo para esta ocasión: Pablo Fabbro y Mariana Ferreira.

de manera similar a los planteos de la antropología del lenguaje, el lenguaje manifiesta de manera más o menos explícita las relaciones estructurales de poder, discriminación y dominación.

Un entramado analítico para el estudio de la producción discursiva del racismo

Tanto desde el análisis crítico del discurso como desde la antropología del lenguaje, diversos investigadores estudiaron las relaciones entre el racismo, el discurso y los procesos de producción de subjetividades. Así, se interesaron por las maneras en que el discurso produce conocimiento y relaciones sociales desiguales en base a criterios racializantes y, a la vez, recluta individuos para ocupar los diferentes lugares o posiciones sociales.

Estas nominaciones, atravesadas por relaciones de poder, justifican y naturalizan la desigualdad, la que es explicada a través de conexiones pseudo-causales que conectan a ciertas minorías, consideradas como comunidades de descendencia, con determinados rasgos biológicos (genéticos y fenotípicos), psicológicos, sociales y culturales colectivos, que son considerados como invariables. Así, el discurso racista es eminentemente ideológico tanto en su nivel referencial: lo que dice sobre la realidad, como en su nivel preformativo: la realidad que crea, reproduciendo o transformando estructuras sociales desiguales.

A continuación sistematizaré algunas de las intersecciones entre la antropología del lenguaje y el análisis crítico del discurso con el objeto de proponer un entramado analítico relevante para el abordaje de la producción discursiva de la discriminación racializante en ciertos lugares de trabajo en la Argentina, en los que se relacionan patrones criollos y trabajadores inmigrantes provenientes de países latinoamericanos.

Indagar sobre la relación entre lenguaje, agencia, ideología, desigualdad y poder implica atender a las maneras en que los puntos de vista del hablante y de la audiencia –que constituyen sedimentaciones de sentido re-significadas- se manifiestan en los enunciados en situaciones reales y, también, en las teorías implícitas que subyacen a las visiones establecidas sobre el lenguaje y sobre su uso. Esto implica, por un lado, estudiar las propiedades reflexivas del discurso: lo dicho en relación a la forma en que los participantes construyen significaciones compartidas y, por otro lado, sus propiedades indexicales: el sentido de lo dicho en relación al contexto.

Considerando la dimensión textual del discurso propuesta por Fairclough (1992), el contexto y los puntos de vista del enunciadador en la producción discursiva racializante pueden ser estudiados analizando las maneras en que los hablantes expresan ciertos prejuicios y estereotipos. Así, Quastoff distingue cuatro categorías de expresiones de estereotipos: generalizaciones universales, generalizaciones restringidas, aseveraciones particulares explícitas y aseveraciones particulares implícitas. Por su parte, Van Dijk (1984) propone el estudio de las estrategias argumentativas utilizadas para racionalizar la discriminación: dominación, diferenciación, distancia, difusión, diversión, despersonalización o destrucción y discriminación diaria. También, sugiere el estudio del uso de la memoria semántica, de la memoria episódica y del sistema de control para indagar sobre las estrategias argumentativas a través de las cuales el hablante usa o no ciertas expresiones prejuiciosas.

La consideración del contexto en la dimensión del discurso como práctica discursiva (Fairclough 1992) se amplía para considerar desde dónde se dice lo que se dice y qué se pretende hacer con lo que se dice. Así, se busca relacionar al discurso con sus condiciones de producción, circulación, distribución y consumo en la sociedad así como sus relaciones con otros discursos y con diferentes órdenes y tipos de discurso. Existen algunas cuestiones relevantes en esta dimensión para ser consideradas en el estudio de la producción discursiva racializante. En el marco de la teoría de la performance, Webster (2008) se centra en estudiar la iconicidad afectiva, es decir, los sentimientos y emociones que se ligan con ciertas prácticas discursivas que inciden en la construcción social de la identidad y que trascienden temporalmente a las instancias de ejecución particulares. Por su parte, Link, Jäger y el grupo de Duisburg (citados por Wodak y Reisigl 1999) se focalizan en el análisis semántico del discurso racista, tratando de identificar símbolos colectivos que son compartidos

interdiscursivamente y que son utilizados por los grupos hegemónicos para estigmatizar, marginalizar y excluir a grupos minoritarios. Bauman y Briggs (1990) enfatizan la importancia de considerar el estudio de la intertextualidad que, en relación a la producción discursiva racializante, permite abordar los procesos en los que los actores, poblaciones e instituciones buscan el derecho de de-contextualizar y re-contextualizar el discurso racial en diferentes escenarios y géneros.

Con relación a la dimensión del discurso como práctica social (Fairclough 1992) que atiende a las maneras en que las disputas hegemónicas se manifiestan en el discurso, Hanks (2005) plantea que las distinciones semióticas a través de las cuales se clasifica lo social son naturalizadas de manera tal que quienes las utilizan no pueden reconocer las relaciones de fuerza que operan en la construcción de dichas distinciones. Así, la complicidad ontológica entre las categorías lingüísticas y sociales permite reforzar la dominación a través de los sistemas simbólicos. En esta línea, Briggs (2005) propone estudiar a través del análisis conversacional las maneras en que emergen los estereotipos raciales en los encuentros discursivos e influyen diversos regímenes sociales, como por ejemplo el del trabajo. También sugiere ampliar el estudio a las relaciones sociales, históricas y políticas para determinar qué hace que algunas formas de interacción sean posibles y otras sean impensables. Incita a estudiar cómo se imaginan y se ponen en acto los roles de trabajador y de patrón, ampliando el contexto a relaciones sociales más amplias. En una línea similar, (Wodak y Reisigl 1999) proponen el enfoque discursivo-histórico para el estudio de los discursos racializantes, tratando de integrar sistemáticamente toda la información contextual disponible. Sugieren considerar, además del contexto discursivo, el contexto social más amplio, es decir, las macro-estrategias discursivas a través de las cuales se construyen los grupos sociales incluidos-excluidos de ciertas identidades, trabajos, etc, y proponen, por ejemplo, el análisis de las normas y tabús oficiales sobre ciertos grupos así como los elementos prejuiciosos que aparecen en el discurso público. Finalmente, Hanks (2005) propone estudiar la formación social de los hablantes, incluyendo su disposición para usar el lenguaje en ciertas maneras, para evaluarlo de acuerdo a valores instalados socialmente, para corporizar ciertas expresiones en la producción de los gestos, las posturas y la producción lingüística. En esta línea, se vincula con la propuesta de otros antropólogos que sugieren despegar de lo lingüístico e incluir el estudio de las dimensiones no lingüísticas de la semiosis (Kendon 1997).

El contexto social de la producción discursiva racializante de los inmigrantes bolivianos

A partir de la década de 1990, los inmigrantes bolivianos cobraron mayor visibilidad en el discurso público. Esta visibilidad se relaciona tanto con los aspectos simbólicos de los procesos identitarios como también con los contextos socio-económicos en los que estos procesos se articulan.

Hasta mediados del siglo XX las principales zonas de la Argentina a donde se dirigían los inmigrantes bolivianos eran preferentemente las provincias colindantes de Jujuy y Salta, en donde las matrices clasificatorias de la otredad local son más porosas y tolerantes para aquellas personas que son estereotipadas como portadores de fenotipos asociados con una posible pertenencia indígena. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XX, el flujo migratorio boliviano – mayormente de origen campesino e indígena- se desplazó hacia las áreas metropolitanas de distintas ciudades tales como Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba y Mendoza en donde las cartografías de la exclusión justificadas en base a criterios racializantes y etnicizantes son menos porosas y tolerantes.

Diversos autores señalan que durante la década de 1990 los inmigrantes bolivianos fueron definidos en términos de problema en el discurso público (Belvedere et al. 2007, Caggiano 2005, Casaravilla 2000, Grimson 1999, entre otros). Frente al discurso del crisol de razas y del europeo como buen inmigrante, la inmigración proveniente de países latinoamericanos se convirtió en el prototipo de la inmigración no deseada. La prensa gráfica nacional tematizó a los inmigrantes indeseables como actores peligrosos, conflictivos e ilegales, reproduciendo acriticamente los discursos institucionales gubernamentales y facilitando diversas prácticas represivas racializantes por parte de los diferentes niveles gubernamentales. Los inmigrantes fueron definidos como culpables de diversas

problemáticas estructurales vinculadas a los efectos de las políticas neoliberales: el desmantelamiento de los sistemas de seguridad social y los procesos de precarización y flexibilización laboral. En esa escalada racializante, los inmigrantes bolivianos fueron estereotipados con una serie de características morales indeseables vinculadas a ciertas disposiciones naturales de sus cuerpos (olores, suciedad), a sus costumbres (ruidos molestos, bajo nivel cultural) y a sus prácticas laborales (comercio informal/clandestino). Más allá de que las operatorias del racismo discursivo analizadas por estos autores se hayan focalizado en discursos originados en Buenos Aires, existen ciertas continuidades en las estructuras de clasificación de la otredad a lo largo del territorio argentino, debido –entre otras cosas- a la hegemonía económica y política de esta ciudad en relación al resto del país. Pero también existen algunas especificidades en el caso de Córdoba. Veamos.

En los últimos años la prensa gráfica local se preocupó por la situación de vulnerabilidad social de los inmigrantes bolivianos, tal como se evidencia en una nota titulada “Ser boliviano en Córdoba”² en la que se señala que “sufren la explotación laboral, la persecución policial y la discriminación por sus rasgos étnicos”, y se compara su “sacrificio y explotación” con las condiciones de vida de aquellos trabajadores argentinos de principios del siglo XX que eran “sometidos a atrocidades” similares (13 de julio de 2006, diario Hoy Día Córdoba). Posiblemente este discurso haya sido influido por algunas modificaciones que se dieron en los discursos hegemónicos nacionales sobre la situación de los inmigrantes regionales debidas, entre otras cosas, al incendio de un taller textil en la ciudad de Buenos Aires en marzo de 2006 en el que murieron trabajadores bolivianos, a los cambios en la política migratoria nacional y a la importancia que la cuestión migratoria cobró a nivel internacional durante los primeros años del siglo XXI.

Una nota publicada dos meses después (Domingo 13 de agosto del 2006) titulada “Córdoba sin Bolivianos” también mostraba preocupación por la situación de los inmigrantes bolivianos y los asignaba a ciertos espacios sociales que les serían propios. Así, se señala la importancia que tienen los inmigrantes bolivianos, remarcándose su desempeño laboral en condiciones precarias en los sectores de la construcción, el empleo doméstico, la producción hortícola y los cortaderos de ladrillos. Esta preocupación local por las condiciones laborales de los inmigrantes bolivianos se condijo con una preocupación a nivel nacional que fue detonada no sólo por la emergencia de la problemática de los derechos humanos de los inmigrantes, sino también con una política fiscal que propugnaba el blanqueo de las relaciones laborales informales. Así, en dicha nota se re-centran las voces de ciertos agentes sociales vinculados al ámbito laboral que se muestran preocupados por la situación de los trabajadores bolivianos: el Secretario de Trabajo de Córdoba y un inspector de la Unión Obrera de Ladrilleros.

Si por su lado la prensa gráfica local continuó caracterizando a los inmigrantes bolivianos como trabajadores “indispensables” que son explotados por ciertas características raciales tales como su capacidad para trabajar “de sol a sol”, la preocupación de los funcionarios gubernamentales cordobeses fue en aumento en la medida en que el control fiscal sobre el trabajo informal aumentaba y los “trabajadores explotados” se animaban a realizar denuncias, en parte incitados por miembros de algunas organizaciones de co-nacionales y de algunos sindicatos. De este modo, en 2008 se conformó la Comisión Provincial Contra el Trabajo Infantil, integrada por autoridades gubernamentales locales, funcionarios diplomáticos de los países de origen de los inmigrantes y representantes de algunas asociaciones de inmigrantes latinoamericanos. Concomitantemente, aumentaron las inspecciones en los lugares en los que trabajan los inmigrantes, principalmente en los cortaderos de ladrillos.

La producción discursiva racializante en un cortadero de ladrillos

Hacia el año 2006, posiblemente debido al gran auge que tuvo la industria de la construcción en algunas áreas metropolitanas de la pampa húmeda en consonancia con la relativa bonanza que

² Utilizo las comillas para reproducir textualmente algunas expresiones de mis interlocutores, extractos de notas periodísticas, fragmentos del diario de campo o citas bibliográficas.

aparejó el boom de la producción de soja para los sectores hegemónicos, había alrededor de 800 hornos de ladrillos en la provincia de Córdoba. La mayoría de ellos estaban localizados en diversos sectores del cinturón verde de la ciudad de Córdoba tales como el municipio de Colonia Tirolesa, el municipio de Montecristo, el municipio de Malagueño y el sur del municipio de la ciudad de Córdoba.

En una zona rural aledaña a Montecristo, un pueblo localizado a unos 45 minutos de la ciudad de Córdoba, se concentran alrededor de 6 o 7 cortaderos cuyos propietarios son en su mayoría criollos y sus trabajadores son predominantemente inmigrantes bolivianos. El cortadero donde llevamos a cabo nuestro estudio etnográfico es uno de ellos y sus propietarios son miembros de una familia de origen italiano que forma parte de la elite local. Este emprendimiento ha sido gestionado por tres generaciones desde mediados del siglo XX. El padre del señor Fabiani compró el campo hacia 1950, quien lo desmontó junto con sus hijos. Durante mucho tiempo lo utilizaron para hacer ganadería y, también, tenían un “campamento de ladrillos”. Hasta fines de la década de 1990 los trabajadores del campamento -moldeadores y peones- eran inmigrantes internos, provenientes de distintas localidades de las provincias de Santiago del Estero, Entre Ríos y Córdoba. Para “traer mano de obra” los patrones aprovechaban los viajes que hacían para buscar leña. Actualmente el cortadero está compuesto de dos campamentos que son gestionados –aparentemente de manera independiente- por dos miembros: el señor Fabiani y su hijo que tiene alrededor de 40 años. En el campamento que gestiona el señor Fabiani los trabajadores son inmigrantes bolivianos, por lo que lo llaman el “campamento de los bolivianos”. El que gestiona su hijo es laboreado por inmigrantes peruanos, por lo que es denominado el “campamento de los peruanos”.

Pancho, un trabajador entrerriano de unos cincuenta años se desempeña como encargado. Reside permanentemente en el campo, en la vivienda que anteriormente era utilizada por la familia del señor Fabiani, quien reside en el pueblo de Montecristo al igual que su hijo. Pancho tiene más de cuarenta años de trabajo en el cortadero. Llegó allí cuando tenía alrededor de 10 años procedente de Entre Ríos, junto con su hermano que había venido a trabajar al campamento. El señor Fabiani se encariñó con él y lo crió junto con otro de sus hijos –quien falleció hace unos años. Este hijo y Pancho se habían hecho muy amigos.

Mari, nieta del señor Fabiani e hija de su hijo fallecido, nos invitó a varios miembros del equipo de investigación a visitar el campamento debido a que es alumna de una de las integrantes del equipo. En las distintas ocasiones en que asistimos al lugar fuimos recibidas con mucha deferencia y tratadas como las profesoras de Mari. En el marco de estas visitas mantuvimos diversas interacciones discursivas con el señor Fabiani, su familia y algunos de los trabajadores del cortadero.

El señor Fabiani recordaba que en épocas anteriores los trabajadores del cortadero no eran bolivianos. Remarcó que fue a partir de 2000 que “han proliferado los hornos en la zona” cuando vinieron los bolivianos. Opinó que los argentinos ya no quieren trabajar en esa actividad porque es un trabajo “duro” y expuesto a las inclemencias del tiempo. Con la frase: “Acá si no hay bolivianos no hay ladrillos” sintetizó el notable incremento de trabajadores procedentes de países limítrofes recontextualizando un elemento de sentido del discurso público cordobés sobre los inmigrantes bolivianos, a través de una generalización universal que implícitamente asigna a los bolivianos el rol de trabajadores dispuestos a trabajar en condiciones precarias.

Sin embargo, no pudo dar cuenta de por qué los argentinos antes sí querían trabajar en esa actividad y ahora ya no. Más que referirse a la progresiva precarización y flexibilización del trabajo de las últimas décadas y al hecho de que los argentinos no aceptan contratos laborales tan desfavorables como lo hacen los inmigrantes, explicó la actual segmentación étnica del mercado laboral en términos de las características psico-físicas que “los bolivianos” tendrían. Por un lado señaló su motivación individual por ganar dinero ya que dijo que “empezaron a venir bolivianos porque empezó a valer el ladrillo”. En esta generalización, Fabiani relaciona el estereotipo que definen a los bolivianos como competencia desleal en el mercado laboral argentino de la memoria semántica con las experiencias personales que él tuvo como patrón del cortadero –memoria episódica. Además, Fabiani señala implícitamente que los bolivianos, sin diferenciar al interior de este colectivo,

vinieron a buscar la supuesta riqueza que tendría Argentina mientras que Bolivia no, articulando una valoración moral negativa de este supuesto oportunismo.

Los mecanismos utilizados por los bolivianos para ofrecerse en el mercado laboral de los ladrilleros a los que aludió el señor Fabiani son los siguientes: “viajaba uno a la frontera y se venía con 10”, “después se iban enterando y ya se venían de 10 o 15”, “vinieron buscando trabajo”. Estas frases también des-responsabilizan a una de las partes involucradas en el mercado laboral: los dueños de los medios de producción, para cargar en una sola de las partes –los trabajadores potenciales- la responsabilidad de tener que ofrecer su mano de obra. Una vez más, el señor Fabiani omitió referirse a que los trabajadores argentinos podrían ser reticentes a continuar ofreciéndose en el mercado laboral de los cortaderos de ladrillos debido a las cada vez más precarias condiciones de trabajo y a la informalidad de los contratos laborales. Sobre todo en un país en el que muchos derechos sociales lograron ser conquistados por los trabajadores durante la etapa del estado benefactor.

Continuó explicando los motivos por los que supone que los bolivianos “se ofrecen” para trabajar en los cortaderos de ladrillos: “Ellos no saben trabajar en otra cosa, saben ladrillos y la quinta”. Dio el ejemplo de que cuando los quiere llevar al monte, a buscar la leña “no andan”, y tampoco para manejar un tractor porque nunca han visto un tractor. A su juicio, los únicos en la zona que saben manejar un tractor y trabajar el campo son los “hijos de colonos”. Él opinaba que “cada cosa tiene su historia”, que los hijos saben hacer lo que hacían sus padres.

Así, justificó la segmentación étnica del mercado laboral a través de discursos racializantes que re-contextualizan ciertos significados sedimentados en el sentido común hegemónico de la pampa húmeda argentina. Además en estas estrategias utilizó ciertos símbolos colectivos cargados de una iconicidad afectiva que movilizan sentimientos y actitudes transformándolas en estereotipos discriminatorios. En las frases antes citadas, el señor Fabiani planteó que las competencias laborales no son posibles de ser desarrolladas a través del aprendizaje, sino que son un conjunto de habilidades innatas que los trabajadores tendrían de acuerdo a su pertenencia a cierto grupo étnico-racial. Esta concepción acerca de las capacidades psicológicas de los trabajadores los asemeja más a máquinas que sirven o no sirven para determinadas tareas. Implícitamente el punto de vista del señor Fabiani aludió a la capacidad diferencial que tendrían los actuales patrones-clases hegemónicas para tareas más complejas en virtud de sus ancestros europeos, re-contextualizando así las tensiones entre civilización-barbarie que atraviesan el sentido común nacional que valora positivamente a los inmigrantes europeos. En síntesis, esta estrategia discursiva racializante justifica tanto la segmentación étnica del mercado laboral (el recambio de trabajadores inmigrantes internos por bolivianos) como las relaciones de desigualdad y de poder en el marco del proceso productivo (la capacidad innata de los descendientes de inmigrantes europeos para realizar tareas más complejas en contraposición a la dis-capacidad innata de los trabajadores bolivianos).

Paralelamente, trató de realizar una presentación positiva de sí mismo ante las investigadoras puesto que habíamos sido invitadas al cortadero de ladrillos por su nieta. Probablemente también estaba influido por los discursos racializantes de los medios que en los últimos tiempos se habían hecho eco de diversas denuncias sobre las condiciones de vida de los inmigrantes bolivianos en los cortaderos de ladrillos. Así, en diversas oportunidades trató de presentarse como un patrón considerado y preocupado por sus trabajadores, contrastando implícitamente la situación de los trabajadores en su cortadero con aquella que denunciaban los medios de comunicación.

Según el señor Fabiani “ellos [los bolivianos] tienen plata, no te vas a creer”. Y cada tanto “cuando juntan bastante, se van a Bolivia y la dejan ahí, se la llevan a la familia (...) el boliviano y el peruano vive uno mejor que otro (...) cualquier rancho de esos [las viviendas en donde viven los trabajadores en el campamento] tiene televisor color, freezer, heladera, luz eléctrica (...) también tienen un boliche [en sus viviendas] en donde venden gaseosa y cerveza para vender”.

Más allá de las generalizaciones con las que homogeneizó a todos los trabajadores del cortadero, que de hecho no desempeñan los mismos trabajos ni tienen posiciones similares en el proceso productivo ya que algunos son peones mientras que otros son medianeros, justificó su punto de vista sobre las condiciones laborales de los bolivianos señalando que disponen de ciertos recursos, lo que relativizaría su supuesta precariedad. Sin embargo, estos recursos consisten en un conjunto de

comodidades mínimas que todas las personas deberían tener más allá de su condición en el proceso productivo y que, además, son necesarias para su reproducción como fuerza de trabajo. Nuevamente, omitió referirse a las condiciones propias del tipo de trabajo que estas personas realizan tales como: exposición a las inclemencias climáticas sumamente adversas y a la contaminación por el humo de los hornos, largas jornadas laborales, nulo acceso a los derechos laborales, entre otras.

Así, utilizando el género de la anécdota para ejemplificar el buen trato que les brinda a sus trabajadores, en un momento en que un niño de alrededor de cinco años pasó cerca del lugar en donde estábamos charlando, el señor Fabiani nos dijo que ese niño era uno de los hijos de una pareja de trabajadores bolivianos y que a veces come con él en la casa hoy habitada por Pancho. Recordó que este niño una vez se había caído en el tanque que está en el campamento, en donde se almacena el agua que será utilizada para realizar la mezcla de barro con la que se hacen los ladrillos y en donde también lavan su ropa los trabajadores. Señaló que fue una suerte que lo vieron a tiempo y lo pudieron rescatar, porque el tanque tiene 1,40 de profundidad. En síntesis, el señor Fabiani no se refirió a la informalidad de los contratos laborales ni a las peligrosas condiciones en las que se desarrolla el proceso productivo en los cortaderos, naturalizando una vez más ciertos elementos del sentido común hegemónico según el cual los inmigrantes regionales deberían estar agradecidos por la posibilidad de conseguir trabajo en Argentina.

Por otra parte, también adscribió ciertas características psico-físicas innatas a los inmigrantes bolivianos para justificar las relaciones de poder durante el proceso de trabajo. Así, refiriéndose a los mecanismos de control y de supervisión señaló que nunca discutió con nadie porque “ellos [los bolivianos] no hablan”. Además, realizando una presentación positiva como buen patrón y utilizando símbolos colectivos cargados de iconicidad afectiva, dijo que él no los molesta “mientras le cumplan” sino que, por el contrario, los “ayuda”, “les trae ropa”. Reforzando la idea de que un buen patrón es aquel que se relaciona de manera paternalista y afectiva con sus trabajadores, y omitiendo el detalle de que en el marco de las relaciones capitalistas de producción un buen patrón sería aquel que cumpliera con las obligaciones patronales reguladas por el estado, dijo que él se limita a darle las órdenes al encargado –Pancho- y éste se las da a los trabajadores. Por el contrario, según el señor Fabiani “no reniego con ellos [los bolivianos]”, sino que cada tanto “les hago un asado en el galpón” o comparte con ellos una picada de salames. Finalmente, resumió su identidad como patrón comentando que los trabajadores le dicen “Pa [diminutivo de papá]”, tanto los niños como las personas grandes.

A través de una estrategia discursiva de transferencia, el señor Fabiani remarcó que a diferencia de otros patrones él es sumamente respetuoso con sus trabajadores. Así, dijo que “hay muchos patrones babosos” que se aprovechan y no respetan a las mujeres que trabajan “hay que respetar a la pobre gente”, tanto a los grandes como a las nenas chiquitas. Dijo que si sus trabajadores lo necesitan los lleva al médico. También, relató que hizo once sepelios para los bolivianos, y que les dio el mejor cajón y sepultura en el cementerio. Recordó que sólo “una criaturita murió de hambre”, pero aclaró que no estaba trabajando con él, sino que estaba con un abogado. Aún así, se encargó de su sepelio.

En una de nuestras visitas al cortadero del señor Fabiani, su nieta Mari nos llevó a recorrer los campamentos, enseñándonos las distintas fases del proceso de producción. Mientras tanto, su madre y sus hermanos quedaron en la casa mientras su abuelo preparaba un asado para agasajarnos al mediodía.

En varias oportunidades Mari nos dijo: “De acá van a salir con olor a negro, dijo mi mamá”. Esta joven mostró sentirse muy cómoda en su trato con los trabajadores inmigrantes, a quienes trataba de manera muy familiar y a cuyas casas entraba del mismo modo, sin reparar en que ella era identificada como la nieta del patrón por los trabajadores y que los intercambios discursivos que mantuvimos con ellos estuvieron condicionados por estas relaciones asimétricas.

Durante uno de estos intercambios, un joven trabajador a quien Mari le había preguntado dónde se encontraba otro de los trabajadores, le respondió -en tono de broma- que estaba encerrado porque “te tiene miedo”. Debido a que planteó esta ironía en el marco del género del chiste, Mari no la registró como una estrategia discursiva de resistencia. Por el contrario, le respondió en tono de reproche ficticio “no te voy a llevar al boliche”. Más tarde nos brindó las pistas meta-discursivas y meta-

culturales que ella consideró que nos permitirían interpretar ese diálogo. Así, nos explicó que uno de los jóvenes trabajadores deseaba que ella lo llevara al boliche del pueblo. Nos dijo que esto no era posible porque “tendría que haber nacido hombre”. Hasta allí, explicó las desigualdades entre ella y el joven apelando a las diferencias de género y sin tomar en consideración las desigualdades patrón-trabajador. Pero, además, agregó una nueva diferenciación racializada al comentarnos que su mamá no la dejaba porque “queda mal (...) cómo vas a andar vos con los bolivianos”. Durante todo ese día Mari había construido una imagen positiva ante nosotros señalando en distintas oportunidades su distancia con respecto al punto de vista racializado de su madre y de sus hermanos. Esta estrategia de transferencia se evidenció en el uso que Mari hizo del uso del discurso indirecto para recontextualizar la voz de su madre. Aún más, como corolario de la explicación que dio con respecto a los prejuicios de sus familiares sobre los bolivianos, aclaró que “yo no tengo drama (...) yo tomo mate con los bolivianos y no me da asco [mientras que] a ellos [sus familiares] les da asco”.

Las dos investigadoras que visitamos el cortadero ese día fuimos con Mari a la casa donde vive una familia de trabajadores bolivianos y conversamos con Nelly, con su cuñada y con los hijos de ambas mientras participamos en el amasado de pan. Nelly nos dio unos pancitos como gesto de reciprocidad por la “ayuda” que le habíamos brindado. Más tarde, intentamos hacer ladrillos guiadas por dos trabajadores. A la tarde nos reunimos a tomar mate con Fabiani, su nuera, el resto de sus nietos y Pancho, el encargado entrerriano. A continuación transcribo un fragmento de mi diario de campo en el que relato las prácticas y expresiones verbales racializantes que orientaron no sólo mi atención, sino que también dieron origen a las reflexiones que aquí presento:

“Cuando los pusimos en la mesa [a los pancitos] y se sentó el señor Fabiani, iba a servirse algunos y preguntó de dónde habían salido. [Las investigadoras y su nieta] le dijimos, orgullosas, que los habíamos hecho con Nelly en la siesta. El hizo un gesto con la mano como despectivo hacia los pancitos, pero pareció recapacitar y abrió la bolsita y se sirvió. Se sorprendió por el hecho de que hubiéramos amasado con Nelly y hecho ladrillos con los trabajadores. Pancho y la nuera de Fabiani abiertamente dijeron que ellos no comían las comidas de los bolivianos. Esto dio pie para que Pancho y la nuera de Fabiani opinaran sobre los bolivianos, junto con el hecho de que vimos por la ventana que Nelly y su cuñada estaban subidas al techo de sus casas, lo que hizo que Mari se fuera a ver qué estaban haciendo y cuando volvió contó que habían puesto maíz a secar en el techo para que no lo comieran las gallinas y lo estaban separando. El señor Fabiani relacionó esto con lo que comen los aborígenes, y con la manera en que se aprovechan los frutos de la tierra. La nuera de Fabiani contó que ella tiene reparos para con los bolivianos porque es hija de italianos que migraron al campo en Córdoba, y que cuando ella era chica escuchaba que sus padres se referían a los criollos como negros que no querían trabajar, a diferencia de ellos que habiendo llegado al país con una mano atrás y otra adelante y se sacrificaron. Entonces, durante el tiempo que estuvo viviendo en el campo con su marido [hijo de Fabiani fallecido], en las ocasiones en las que ella se refería a los trabajadores como negros, el marido le decía que ‘estos negros son los que te dan de comer’. A pesar de que ella sabía esto, no podía dejar de sentir la diferencia, y no le gustaba que los bolivianos entraran a su casa. Salió el tema entonces de una anécdota que contó Pancho recordando cuando recién vinieron los bolivianos a trabajar al campamento, que con el hijo de Fabiani fallecido les dijeron que había espíritus en las noches, y como ellos “son muy supersticiosos”, se asustaron muchísimo la primer noche cuando el hijo de Fabiani y él se escondieron e hicieron ruidos en las paredes de la habitación en donde dormían los bolivianos. Entonces ellos fueron corriendo a la casa en donde vivían la nuera de Fabiani y su esposo. La nuera de Fabiani contó que se indignó porque entraron en su casa cuando ella les había dicho que no podían entrar en su casa, pero que ellos le dijeron que había espíritus, y en realidad habían sido Pancho y su marido que los habían asustado. Pancho hizo algunos chistes sobre los bolivianos. Uno de estos chistes es que a Villa Libertador [un barrio de la ciudad de Córdoba] le dicen barrio rulemán porque está lleno de bolitas. Me sorprendió su actitud porque su piel es bien morena y también fue trabajador inmigrante, al igual que los bolivianos, sin embargo se identifica con los patrones gringos y reproduce la discriminación y la desigualdad laboral”.

Conclusiones

En este trabajo sintetice algunas intersecciones entre la antropología del lenguaje y el análisis crítico del discurso. Señalé que, de manera progresiva a partir de la década de 1960, ambos enfoques concibieron al discurso como una práctica constitutiva y constituyente de lo social e incorporaron la consideración de las diferentes capas del texto y de los diversos contextos que lo atraviesan en el marco de las luchas hegemónicas. Presenté un entramado teórico-analítico que combina aportes de ambas líneas a fin de analizar las producciones discursivas racializantes teniendo en cuenta los contextos discursivos y sociales de las prácticas comunicativas y las relaciones ideología-poder-lenguaje.

Con estas herramientas me aboqué a presentar los avances del análisis de la producción discursiva de la discriminación que tiene lugar en el marco de los procesos de segmentación étnica del mercado laboral del área peri-urbana de la ciudad de Córdoba. Me enfoqué en el estudio de caso de un cortadero de ladrillos puesto que constituye uno de los lugares de trabajo más visibilizados desde el sentido común local en los que los inmigrantes bolivianos se insertan como mano de obra no calificada en condiciones de precariedad e informalidad. Partiendo del supuesto de que las prácticas discursivas son constitutivas y constituyentes de lo social, puse de relieve algunas de las maneras en que estas relaciones laborales desiguales se vinculan con ciertas configuraciones de sentido sobre los trabajadores y sus empleadores.

Fue necesario re-construir el contexto en el que estas prácticas discursivas tienen lugar a fin de conectar las condiciones micro-macro socioculturales que se ponen de juego en el denominado *racismo cotidiano* (Wodak y Reisigl 1999). Así, hice alusión a la conformación socio-histórica de las estructuras hegemónicas de clasificación de la otredad que actualmente son re-significadas por el sentido común de los habitantes de la región de la pampa húmeda argentina. Además, caractericé algunos de los estereotipos racializados sobre los inmigrantes regionales que fueron recreados en la opinión pública cordobesa durante el último tiempo.

Esto permitió que luego me focalizara en el análisis de algunos de mis registros del trabajo de campo etnográfico realizado en un cortadero de ladrillos ubicado en el Gran Córdoba. Me concentré en dar cuenta de las estrategias discursivas con que los patrones re-centran ciertos estereotipos racializantes sobre los bolivianos que trabajan en el cortadero que justifican y naturalizan tanto la segmentación étnica del mercado laboral cuanto las condiciones de precariedad e informalidad en las que transcurre el proceso productivo.

También me interesó dar cuenta de la manera en que los distintos hablantes –en este caso los investigadores y nuestros interlocutores- se posicionan según el lugar que ocupan en la práctica discursiva en sí misma. Estos datos contextuales que son indexicalizados en las interacciones comunicativas deben ser tenidos en cuenta a la hora de ponderar los sentidos y usos del lenguaje tanto verbal como no verbal durante el trabajo de campo. La labor investigativa que desarrollan los antropólogos se vería sumamente enriquecida si se pudiera mantener una vigilancia epistemológica sobre la incidencia de estas cuestiones a lo largo del proceso de construcción de los datos.

Finalmente, quiero unirme a la propuesta que realiza Duranti (1997) sobre las potencialidades de la etno-pragmática, es decir, de una metodología interpretativa que privilegia los aspectos pragmáticos de la comunicación con una intención etnológica. La conjugación del trabajo de campo etnográfico con el análisis del discurso es sumamente fructífera para indagar las maneras en que las estructuras discursivas tanto verbales como no verbales son usadas en variadas situaciones de la vida cotidiana y en diferentes órdenes del discurso. Por su parte, los hablantes implementan diferentes estrategias en las que articulan elementos de sentido sedimentados, reproduciendo y/o transformando las configuraciones hegemónicas en campos de fuerza variables.

A pesar de que en esta oportunidad por razones de espacio me concentré en la reproducción del discurso hegemónico racializante de los trabajadores inmigrantes regionales que realizaron el propietario del cortadero, su familia y el encargado, cabe señalar que las estrategias discursivas de

resistencia o de confrontación de la producción discursiva racializante es un tema que emergió durante nuestro trabajo de campo y que amerita ser indagado con mayor profundidad.

Bibliografía

- Ahearn, Laura. 2001. "Language and Agency". *Annual Review of Anthropology*, 30:109-137.
- Bauman, Richard y Charles Briggs. 1990. "Poetics and performance as critical perspectives on language and social life". *Annual Review of Anthropology*, 19:59-88.
- Belvedere et al. 2007. "Racismo y discurso: una semblanza de la situación argentina". En: Van Dijk, T. (coord.). *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Gedisa.
- Blommaer, Jan y Chris Bulcaen. 2000. "Critical Discourse Analysis". *Annual Review of Anthropology*, 29:447-466.
- Briggs, Charles. 2005. "Communicability, Racial Discourse and Disease". *Annual Review of Anthropology*, 34: 269-291.
- Caggiano, Sergio. 2005. *Lo que no entra en el crisol*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Casaravilla, Diego. 2000. "Ángeles, demonios o chivos expiatorios? El futuro de los inmigrantes latinoamericanos en Argentina". Informe final del concurso: *Democracia, derechos sociales y equidad; y Estado, política y conflictos sociales*. Programa Regional de Becas CLACSO Programa Regional de Becas CLACSO. Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/1999/casara.pdf>
- Duranti, Alessandro. 1997. *Linguistic Anthropology*. Cambridge, UK: Cambridge Univ. Press.
- Duranti, Alessandro. 2003. "Language as Culture in U.S. Anthropology". *Current Anthropology*. 44: 323-335
- Fairclough, Norman. 1992. *Discourse and Social Change*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Grimson, Alejandro. 1999. *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- Hanks, 2005. "Pierre Bourdieu and the Practices of Language". *Annual Review of Anthropology*, 34:67-83,
- Kendom, Adam. 1997. "Gesture". *Annual Review of Anthropology*, 26:109-128.
- Quasthoff, Uta. 1989. "Social prejudice as a resource of power: towards the functional ambivalence of stereotype". En: Wodak, R. (ed.). *Language, Power, and Ideology*: 137-163. Amsterdam: Benjamins.
- Van Dijk, Teun. 1984. *Prejudice in Discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- Webster, Anthony. 2008. "To all the former cats and stumps of the Navajo Nation: Performance, the individual, and cultural poetic traditions". *Language in Society*, 37:61-89.
- Wodak, Ruth y Martin Reisigl. 1999. "Discourse and Racism: European Perspectives". *Annual Review of Anthropology*, 28:175-199.